

Al azar de los recuerdos y colores que se van borrando...

“Cosas” de Zuloaga

por

Fernando de América

I

Ignacio Díaz Olano, nuestro amigo, estudiaba con modelo a la caída de una tarde de otoño de 1889, en las proximidades del “Prado” —cuando era soberbio paseo de Vitoria por sus árboles seculares— la figura de un chico con un haz de leña sobre los hombros, para un cuadro en proyecto.

Le acompañábamos, o estorbábamos, tres o cuatro amigos y admiradores de aquel pintor, que desde joven celebró sus bodas con el “natural” procurando con ahínco, no faltarle, no engañarle nunca ni con la menor infidelidad. Con este cariño llegó a ser su esclavo en aciertos y en errores, amante que se entrega, sincero siempre y desinteresado en su poca afición mercantil.

Se acercó a nosotros, como de vuelta de avenida semi campestre muy vitoriana, “El Mineral”, —cuyo es el nombre de una fuente sulfurosa que a dos kilómetros la terminaba con cercado de arquitectura y altos chopos— un grupo de pocas personas. Se detuvo corto rato a ver pintar, por curiosidad “atécnica” nos pareció solamente; pero el único forastero de los paseantes demostró más interés por la labor de arte y por Díaz. Era buen mozo, fuerte, joven, guapo, reposado, con el carácter físico y acento de vasco de Vizcaya o Guipúzcoa; ojos inteligentes... y de su mirada no demasiado detenida o importuna brotaron en sus labios frases de buena fe e ingenuidad juveniles, pero de alguna enmienda, y observaciones sobre la pintura de Ignacio Díaz.

A sus amigos no nos “cayeron” muy bien. Considerábamos en nuestra mocedad, al pintor vitoriano, como maestro, ya formado en Barcelona y París... y no veíamos en el desconocido, mucho más joven que el pintor, sino a un desconocido...

Aquí del bueno y admirable Alfonso Daudet... “Dios mío que la

vida es singular y que es bonita esta bonita palabra de la lengua griega: "Eironeia".

¡Aquel "desconocido" "iba" a ser el gran Zuloaga!

* * *

Nos enteramos al día siguiente, fácil en una ciudad pequeña, que se llamaba Ignacio Zuloaga, aficionado a pintar y más que una esperanza.

Que hacía bastantes excursiones a Vitoria, principalmente de visita a don Pedro Echeverría, ligado a él y su familia por estrecha amistad de eibarreses paisanos; y por estimación mútua en sus empresas industriales y de comercio. Don Pedro fué en aquella época el patriarca de la armería en Vitoria, con una muy acreditada por su pericia proba y amable, y director de aquella empresa casi familiar.

Sus hijas, buenas, guapas e inteligentes. Contemporáneas del futuro ilustre artista, que decían, demostraba mayor atención y preferente atractivo por la más joven.

II

Año 1892...

Alrededor de una mesa redonda, que sirvió con suculenta generosidad, muy simpática ama vascongada en Bermeo, Rafaela Uriondo, encontré casualmente a Zuloaga la segunda vez. Venía de excursión agradable por su tierra nativa con mi querido amigo, desde niños, y paisano, Pablo de Uranga. De regreso de larga temporada en París, y ya unidos Zuloaga y Uranga, en aquel íntimo cariño amistoso, nacido en la "bohemia" de la gran villa y en su calidad de vascongados y pintores; en aumento hasta que, de viejos, les separó la muerte.

Tocados fuertemente —sobre todo Zuloaga— del impresionismo dominante, de teoría de complementarios y... hasta, algo, de puntillismo. Este ya, con nombre de pintor. En los primeros vistazos por Bermeo, antes de vernos de cerca, saludarnos y de que nos recordase nuestro conocimiento Uranga, pintó tablas pequeñas. A hurtadillas, con mi querido amigo Luis Verástegui, curioseamos en la alcoba de los artistas, porque Zuloaga, a primera impresión, era un muchacho que, por su seriedad, estaba un poco de confianza, y, por otra parte, no resistíamos la impaciencia de admirar sus estudios avalados por su fama. Encontramos un paisaje de mar y tierra

con los "Tompones" en sombra, o luz muy tamizada, grises muy finos, y, como estábamos en primavera, con multitud de blancas flores salpicadas, que en aquellos lugares crecen, y que los embellecían (1).

* * *

De sobremesa, discusiones serenas, de amigos, y ¿cómo no? si se presentaban a veces en la misma comida, langostas y quisquillas, gallina o pollo, torrijas o torrajas empapadas a saturación en leche y huevos; chipirones en su apetitosa y lóbrega tinta, percebes y espárragos rociados con el chacolí de Baquio, vino y sidra; manjares distintos pero del mismo estilo e igual estimación gastronómica y muy bien aderezados, de perfecto guiso, combinaba la lista de otros días y con el mismo rocío. Serenidad que imponía el gran yantar por catorce reales y pensión completa, ¡oh tempora!... nunca mejor empleada la lengua madre!...

* * *

En estas fiestas, opíparas se pueden llamar ahora, propias de la buena cocina vasca y de los clásicos vascongados, (que conceden bastante a la gula para quitar, quizá mucho, a la lujuria), Zuloaga sostenía con tranquilidad, pero muy en serio y convicción de entonces, que en la paleta no se debía admitir jamás el negro. Argumento principal: que no existe negro en la Naturaleza. Yo, modestamente, abundaba en el mismo parecer y tendencias decididas que Zuloaga, aunque a la sazón apenas era voto en asuntos de pincel —ni ahora tampoco—; le manifesté que: no usaba nunca el negro, que me era del todo antipático y lo juzgaba en el paisaje inútil; pero que no se podía sostener esto a rajatabla y rechazarlo en absoluto por el contra argumento de que lo que llamábamos negro *del tubo*, por lo menos, era de la Naturaleza, no de la Luna; porque se podía emplear solamente en mezcla con el blanco en las proporciones de uno a mil y obtener grises agradables, quizá de tales gamas resultantes; y aún extremando, al entrar el negro en combinación con otros dos, tres, o más colores capaces de hacerlo olvidar.

En otro aspecto, porque si se pintaban paños o terciopelos netamente negros, parece que no estaba indicado, si es que era posible, prescindir del más oscuro matiz.

Don Ignacio no se solía convencer porque era fuerte, como en

(1) Esta pequeña tabla la he visto mucho tiempo después en el estudio que tuvo Uranga en Vitoria.

todo, en sus pensamientos. Pero fraternizábamos sin ninguna sombra de "negrura", de cotrariedad, puesto que en la misma y breve estancia bermeana nos emparejamos muchos o varios días paletas en mano.

Así que, pocos años después, cuando vi en una pequeña exposición local o provincial, que se celebró en Vergara, el cuadro "Don Pedro" (1), representación de un enano moreno con capa y chistera negras, con negros valientemente pintados, y al pie la firma de Zuloaga (ausente), no pude menos de decirme: se conoce que el simpático pintor ha encontrado el negro en la Naturaleza y en una buena casa de colores...

Desde entonces el negro tuvo la suerte, y la hemos tenido todos los admiradores del insigne maestro, de que le diese para siempre amplio y glorioso albergue en su paleta inmortal.

* * *

Volviendo a Bermeo. A los pocos días, ya con confianza de muchachos, me la dió para poder verle trabajar. Dentro, entonces, del impresionismo integral, de los complementarios y hasta con asomos puntillistas, pintaba unos chopos muy jóvenes, que al estar podados desde hacía un año o dos nada más, formaban, con sus nuevos brotes, ramilletes de ramillas con hojas, en aquella estación muy verdes, y en escalones a todo lo alto de sus troncos, no muy gruesos.

El sol de costado, Zuloaga, con gran curiosidad e ilusión mía, daba colorido a las partes de luz con verdes muy claros y calientes (quizá cinabrios), muy abundantemente ayudados, casi cubiertos, por vivos amarillos y naranjas; y las partes de sombra exclusivamente con carmín y bermellones.

* * *

Estas andanzas de las primeras artes de Zuloaga y mi afición, tenían por campo "La Atalaya", deliciosa estancia y alto punto de vista de Bermeo, desde Ogoño a Machichaco, tan hermoso o más que los de "oficio" más ponderados en guías y turismos.

Una tarde, de la que me acordaré siempre, tuve el honor de acompañar al maestro en una sesión, que abortó, y en una "honrosa retirada".

(1) También fué expuesto en Bilbao. "Exposición Artística". Agosto 1894. Catálogo: n.º 323. "Don Pedro el enano", 3.000 ptas.; acompañado del número 324. "Retrato de mi portera", 1.500 ptas. No figuraron en las reproducciones de las obras.

Catervilla indmита e insolente de chiquillos, nineras poco mayores y algún desocupado, nos tomaron a diversión; nos disparaban desvergenzas en vascuence, que entendía Zuloaga, y polvo y chinas de vez en cuando, que entendíamos los dos. Zuloaga, que no era tipo de aguantar vejaciones ni groseros, me dijo con voz de mando: ¡vámonos!, y recogiendo los trastos le seguí “como un solo hombre”.

No contenta ni satisfecha aún aquella chicarrera necia y sin piedad, a pesar de vernos en franca derrota, caballetes al hombro y cajas en manos caídas, para anonadarnos iba en tropel, a veinte o treinta pasos detrás de nosotros, gritando a coro, fuera de coro y sin decoro... y a cada momento rabiosos, y estridentes siempre...:

—¡Erretratistas!..., ¡erretratistas!..., ¡erretratistas!...

Al bajar por la ronda en rampa que conduce por el Oeste de la “Atalaya” a lo llano de Bermeo, nuevo movimiento más nervioso y voz de mando más tajante, del gran Zuloaga...: ¡entremos en ese chacol que conozco!

Con el refugio en el chacol y las sombras del anochecer, cesó por fin la persecución majadera... y pudimos emprender la nuestra, sabrosa, contra las frescas sardinas, los percebes, violenta y recientemente arrancados de sus domicilios, el chacol y la sidra...

III

Avanzando deliciosamente de clima la otoada de 1899, baj de San Antonio de Urquiola a Vitoria, con rodeo y deteniéndome en Castillo Elejabitia. Alojado en su balneario, que está escondido en la hermosura de sus valles y lo frondoso de sus laderas; all encontr, sorprendido, en el descanso o vacaciones, a Guiard, el pintor y humorista bilbaíno; y al andaluz Guerrero, también pintor, con predilección y ventas por Bilbao, que entretenía sus ocios, incluso los de pncel, cazando “chimbos”. Veraneaban otros conocidos.

Guinea, el viejo, en el pueblo y próximo a la carretera, vivía en una casa con estudio adosado al piso bajo —no s si propios o en arrendamiento—.

Les dió amplitud confortable añadiendo construcción permanente de madera pintada de gris. Por las puertas y ventanas del estudio encuadraba paisajes de mucho carácter, que le sirvieron para sus obras. En aquellos pueblos y caseríos debía tener facilidades para encontrar modelos vestidos. Lo cierto del caso es, que pintó con clara luz y comodidad en casa y en el campo a la vez. Fuerte

su vocación por el Arte, grande su amor a Vizcaya, se debió sentir, Anselmo Guinea, muy feliz en aquellos tiempos y parajes. Envidiable.

* * *

En el pórtico de una iglesia o ermita tuvimos el inesperado encuentro muy de agrado y mayor por no esperar el suceso: Zuloaga pintando, en plena sesión y directamente, un cuadro. Nos saludamos todos afectuosos, porque iba con mis compañeros citados —no le había visto desde nuestra coincidencia en Bermeo—. ¡Alto y firmes!, los pintores. Sólo unos minutos para no abusar de su amabilidad, que en nuestro honor ni siquiera interrumpió el trabajo. Disfrutamos entusiastas del acontecimiento casual de encontrarles con el modelo delante plantado: un casero vizcaíno. El cuadro no era grande, las figuras de la composición —que ya se marcaban abocetadas— pequeñas, bastantes o muchas; fondo y taller al mismo tiempo, el pórtico, clásico en Vizcaya de tejadillos bajos sobre pies derechos, vigas y tinglados irregulares de tosca madera, que lo rodea y sostiene con fortaleza; y extiende y abriga pintorescamente muchas iglesias y ermitas del Señorío.

Encargado el cuadro, decían, por un personaje de su capital.

Lo estaba resolviendo, sueltas las amarras impresionistas, con pincelada redonda y no larga, y, cuando la premura, que acucia en el natural, impacientaba al maestro, para que sin cambiar de pincel no se ensuciasen los tonos sucesivos, se precipitaba con rapidez y exprimía las brochitas planas y pequeñas entre las uñas del pulgar y el índice, antes de recurrir al trapo y al aguarrás.

IV

No puedo precisar el año.

En la estación del ferrocarril del norte, en Vitoria. Poníendose el sol.

Con un amigo esperaba el espectáculo entretenido, a falta de otro mejor, de los cuatro minutos de parada y paso del expreso de Francia a Madrid.

* * *

Entró el tren trepidante, empenachado de humo blanco, como de fiesta; la máquina parecía recoger un sentimiento; traía al gran Zuloaga en el auge de su renombre.

Mi amigo le vió en la ventanilla antes que nadie. Fué presuroso a saludarle. Zuloaga se apeó dos minutos y entablaron este corto y curioso diálogo, entre el afecto y la impertinencia por parte del amigo.

—¿Vendrá usted de París?

—Sí señor.

—¿A Madrid?...

—Sí, a Madrid.

—¿Y qué hace usted ahora?...

Con modestia de alarde, dispensable por lo legítimo y por lo pesado del interrogatorio, le replicó Zuloaga:

—*¿Qué quiere usted que haga?... pintar... ¡no se hacer otra cosa!*

Y entre girones de la humareda, estrépito de maquinaria, resollar de arrancada y brillos y rayos de sol en el ocaso, el tren llevó hacia el corazón de España un hijo de los que le daban gloria...

V

Las siguientes escenas no las presencié, pero me las refirieron con exactitud y detalles al día siguiente: En aquella época iba Zuloaga algunas veces, al detenerse en Vitoria a saludar en su estudio a Ignacio Díaz Olano. Ya debía tener éste, "consideración de medalla de oro". Charlaban. Díaz en los últimos toques de un cuadro grande bien pintado: "Siesta". ¿Personajes del "dulce far niente"?, rudos segadores y segadoras en descanso, o durmiendo. Al parecer interesarse, por sus preguntas, el maestro, Díaz le dijo: "Que lo había pintado yendo todas las tardes al campo, a pie, y a dos kilómetros o más de la ciudad, porque aunque con patio en su estudio y jardines de amigos a su disposición, quiso encontrar y aprovechar el ambiente lo más justo posible en plenas praderas campestres". Se admiró y compadeció el eibarrés de la paciencia y molestias del vitoriano.

—Pero, ¿que otra cosa hubiera hecho usted, amigo Zuloaga, para buscar este deseado ambiente,— se justificó Díaz, con su buena fe sobre el natural, desposado con él y por él en las dos acepciones de la palabra.

Resuelto y pronto, siguiendo su costumbre en la forma y en el fondo su escuela y trayectorias distintas, con gallardía le repuso y resolvió Zuloaga:

—"*¡Pintar las figuras colocando los modelos debajo de esa mesa!*".

Señalando una enorme, antigua, de roble, de tres metros de

larga, cuatro centímetros de grueso su tablero... y todo el resto correspondiente.

VI

En los años anteriores había nacido la humorada, que repetida se hizo tonta, en Madrid y otros pueblos en contagio, de celebrar exposiciones de llamados cuadros, cuyos autores fuesen precisamente, la negación de la pintura, que ni sumaria ni remotamente tuviesen idea de ella y nunca "esgrimido" ni lápiz ni pincel; contando con que la ingenuidad desnuda e ignorante provocase por fuerza la risa franca y expansiva del público.

Si se consiguió algo de esto en los primeros concursos, siempre dirigidos por entidades de no mucha importancia artística —me parece— o íntimas, pronto se fracasó en estos empeños; tanto por repetirlos con frecuencia, como porque se mixturaron y degeneraron admitiendo pintores más o menos auténticos y de buen humor que, con malicia natural o rebuscada, pintaron enormidades de propósito, cuanto mayores mejor, intentando mas bien, exponer y lucir su ingenio y disposición para la caricatura; por ejemplo: "La entrada de Carlos V en Amberes", "Nerón incendiando Roma" o asuntos parecidos... ridícula y disparatadamente tratados... que, por cierto, muchas veces resultaron de menos gracia que los "cuadros" de los ingenuos o simples de verdad, que expusieron.

* * *

En el gran Café Suizo, de Vitoria, desierto en aquellas horas, Ignacio Díaz con tres amigos bastante vagos, pero sanos de espíritu y de cuerpo; sin ambiciones ni necesidades, morigerados pero inútiles, de los que abundaban entonces en provincias, nos jugábamos la merienda del inofensivo chocolate al dominó, para entretener en las larguísimas tardes del verano vitoriano —tiempo perdido, malgastado lamentabilísimamente— el aburrimiento fatal, pero limpio, barato y sin maledicencia.

Ninguno de los cuatro sabía jugar bien al dominó, ni mucho menos; pero yo absolutamente nada. Por eso acordamos —creo que un disparate— el jugar cada uno para sí. Yo llevaba la única ilusión de "cerrar" en cuanto era posible, sin fijarme si la catástrofe caía sobre mí o sobre los otros jugadores.

Disfrutaba con la inocente "guasa" de colocar la ficha mortal —atómica podemos decir hoy— en mi mano derecha, con el brazo en alto en actitud de mala estatua, con fingida energía amena-

zadora, para celebrarlo y reírnos todos del asombro producido por lo torpe de la jugada, y gritaba: “¡cierro!”...

* * *

A uno de los compañeros, Paco Nebot, buenísimo muchacho, sin caprichos, de imaginación tranquila, tuvo un contagio se conoce, con la clase de las exposiciones citadas. Un día “solemnemente” nos “confesó”: “yo quiero conmemorar estas tardes —expectación— voy a pintar un cuadro; todo retratos, sin suprimir el mío, naturalmente “autorretrato” y él todo dramático. Lo titulo “¡Cierro!”...; no nos dijo más, ni le preguntamos más de la chunga, que era suficiente.

Como lo dijo lo hizo. Y Díaz lo depositó con cariño en su estudio y lo conservó y enmarcó en una bonita cornucopia pequeña, como lo era la gran obra. El nuevo pintor admirado, encantado y agradecido al cansarse de oír inacabables y ponderadas alabanzas, todas poniendo por las nubes los parecidos, mi actitud brazo en alto y lo “dramático” del asunto.

Pueden figurarse los lectores la ingenuidad desoladora que, con todos estos antecedentes dichos, reuniría este cuadro, que quedó colgado en el estudio de Díaz para ejemplo de los vivientes y documento histórico para los venideros.

Al salir Zuloaga de la charla el día de visita al cuadro “La Siesta”, con Díaz y el pequeño cortejo que le acompañaba hasta la puerta para despedirle, se detuvo antes, intrigado, cerca y enfrente de la obra “ingenua” un rato en contemplación. Todos callados, ansiosos, esperando qué iba a resultar... y el gran maestro, con seriedad de tono y al parecer de pensamiento, acabó su reflexión diciendo:

—¡A esto, a esto es a lo que tenemos que llegar!...

Los que le oyeron, los que decían conocer a Zuloaga, aseguraron que hablaba en serio.

Sin embargo, ¿cómo aceptarlo al pie de la letra, sin pensar que era un “modo” de decir?, y ¿cómo, por otra parte, por cuáles caminos de sinuosidad y sutileza intelectual llegaron a esta forma de expresión familiar, breve y espontánea, las ideas *de fondo* de la última esencia crítica del gran talento pictórico indiscutible del maestro, con pretexto de aquel capricho de un ingenuo?

El no lo explicó, no lo argumentó, no fué, entonces más explícito. Hoy, ¿quién sería tan vidente que lo explicase con exactitud?...

* * *

Zuloaga siempre estuvo cariñoso conmigo. Algunas veces hasta me pasaba recado cuando se detenía sólo unas horas, con amigos y admiradores, en el Hotel Frontón, de Vitoria, para decirme su contento en que les acompañase y cambiar impresiones. Me invitaba a que comiese con él.

Pero, en honor a la verdad, he de confesar que mis pinturas, —parecía por lo menos— que no le entusiasmaban. Muy contadas veces vino a mi casa a verlas, algunas con Uranga y de prisa. No se movió para darme consejos, o referirse al efecto que le hubiesen causado paisajes míos expuestos.

Me convidó a cazar en Haro para que le diese a él “primerizo”, “lecciones” cinégeticas. Al contestarle, en broma, que a cambio de sus lecciones de Arte, ni aún así, bromeando, le complacía el “intercambio”. No me era muy grato este desvío... pero me resignaba por mi modestia forzosa y por si era “justo castigo a mi perversidad”... de pincel.

* * *

La última vez que nos vimos se mostró, con agradecimiento mío, más afectuoso con mi pintura y como con más bondad de buen amigo.

Se conoce que al noble y recio vasco le prestaron emoción des-acostumbrada nuestros parecidos años viejos y decadencias físicas, en el querer de contemporáneos... viajeros en el mismo barco y amenazados de naufragio.

Fué en casa de los atractivos Macarrón, en junio o julio de 1942.

El bajaba solo por la escalera que une el establecimiento con las salas de exposiciones de estos amigos de Arte y de los artistas.

Yo estaba al pie de las gradas. Encuentro inesperado y agradable. De manos a boca; nos reconocimos, alegres, en seguida.

Estuve en Zumaya en agosto de 1941, pueblo que, por bastante desviado de mi residencia y “camino” no había visto nunca, sino de lejos. Admiré el Museo Zuloaga, pero no pude saludarle ni visitar su gran casa de artista y por artista, emplazada entre el cielo, la tierra y el mar. Sin citarnos fuí a cumplir estos deseos. Una hora antes marchó en su auto a ver una corrida en San Sebastián.

Le dieron cuenta —se conoce— de mi visita, lo recordaba después de tanto tiempo.

—¿Por qué no volvió usted?, me dijo.

Me excusé con la premura de mi viaje, era verdad.

—Tiene usted que volver sin falta— me repitió insistente.

Se lo prometí muy sincero, con gusto y satisfecho... Pero (“los

hombres proponen..."). Murió antes de cumplir mis promesas y propósitos.

Derivamos nuestra conversación:

Con noble envidia le dije:

—Qué dicha, amigo Zuloaga, pinta usted mejor que nunca; está fuerte y joven como en nuestra "retirada" de Bermeo. Yo me encuentro viejísimo.

—No lo crea usted; no es oro todo lo que reluce —vino a decirme, con triste confianza.

—¿Algún achaque?, parece increíble— le dije inquieto.

—Sí —me señaló— estas piernas, estas piernas...

—¿Reuma?...

—No, varices, que es peor —insistió con melancolía.

Explícito, con la expresión comunicativa del amigo, continuó a ver mi sentimiento.

—Me trastornan, me contrarían mucho, porque no puedo pintar seguido, en pie como solía, como conviene, me gusta y creo que se debe trabajar siempre.

Y a Juan Macarrón, que se nos acercó al final de las confidencias, con afán bondadoso de la amistad, que olvida tristezas al recordar afectos viejos de juventud, y poniéndome, fraternal y efusivo, la mano sobre mi hombro...

—Este, América, sí que debe hacer aquí una exposición.

Era la primera vez que me manifestaba directamente estima e interés grande por mi obra y también, por desgracia, las últimas palabras, que le escuché y recuerdo con emoción...

* * *

Inmediatamente antes de los diálogos —como digo— le ví bajar, erguido y arrogante destacándose borroso por la penumbra buscada contra el calor del verano de Madrid para defender los salones.

En el centro del más alto peldaño, parecía su persona, bañada en la media luz, la escultura del luchador a quien no rinde el peso de los años; del famoso vasco, bien plantada, aureolada, ya, en el elevado y ancho pedestal de la gloria.

¡In memoriam!

